

Año. 12 No. 12. Semestre B de 2025 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

La somnolencia de una tregua

Carlos Arturo Gamboa Bobadilla¹³

*En mi trabajo, lo insoportable no es la rutina.
Hoy fue un día feliz; sólo rutina.*

Mario Benedetti.



Hubo un tiempo en el cual las personas se pensionaban a los cincuenta años y la homosexualidad era casi un delito (aunque para algunas mentes retrógradas ahora, en plena tercera década del siglo XXI, lo sigue siendo). En ese tiempo, el amor hetero se podía expresar con mayor libertad, sin caer en los formatos de lo cursi, claro está que el amor debía darse entre iguales: igual estrato social, edades similares y entornos sociales parecidos. En ese tiempo lejano se inscribe la novela *La tregua* del uruguayo Mario Benedetti, famoso por ayudar a mal formar poéticamente a varias generaciones de jóvenes latinoamericanos.

Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia nació en Montevideo en 1920 y su primer acierto consistió en comprimir su casi impronunciable nombre. Vivió de una manera tan extensa como su obra literaria y murió a los noventa y ocho años, dejando textos de periodismo, cuento, novelas, poemas y hasta textos teatrales de su autoría. Muchos críticos han coincidido en que

La variedad de la obra de Benedetti desafía todo intento de clasificar al autor, y él ha enriquecido cada género que practica con la experiencia ganada en los demás. Pero en esa variedad de registros palpita una secreta unidad

13. Docente Universidad del Tolima, adscrito al departamento de Estudios Interdisciplinarios del Instituto de Educación a Distancia. Integrante del grupo de investigación Argonautas.

que da coherencia a su obra y otorga a la poesía, al ensayo, al artículo periodístico, a la narrativa y hasta a las letras de canciones, un inconfundible «estilo Benedetti». (Mataix, 2009, párraf. 2)

En medio de esa inmensa isla que es su obra, se destaca una del género narrativo que lo presenta en el panorama internacional como un escritor de valía; se trata de *La tregua*. Fue su segunda novela y sería la publicación que lanzaría su carrera de escritor. Con ella su nombre traspasaría las fronteras del Uruguay

y se expandiría por esa Latinoamérica ávida de nuevos aires literarios por aquel entonces. Corría entonces el año de 1960 y aún no explotaba la gran ola cultural que ya se gestaba en el mundo. El tema de la novela es sencillo: un hombre a punto de pensionarse, viudo, padre de tres hijos (quienes ya han superado la adolescencia) y quien ha vivido sometido al mundo y sus circunstancias, como dijera José Ortega y Gasset, de pronto se encuentra ante una encrucijada inesperada: el amor.

Como si hiciera parte de la historia desarrollada en la canción “Caballo viejo” del venezolano Simón Díaz, el protagonista de *La tregua* podría cantar en ese lugar del sin tiempo permitido a la ficción:

Cuando el amor llega así de esta manera

Uno no tiene la culpa.

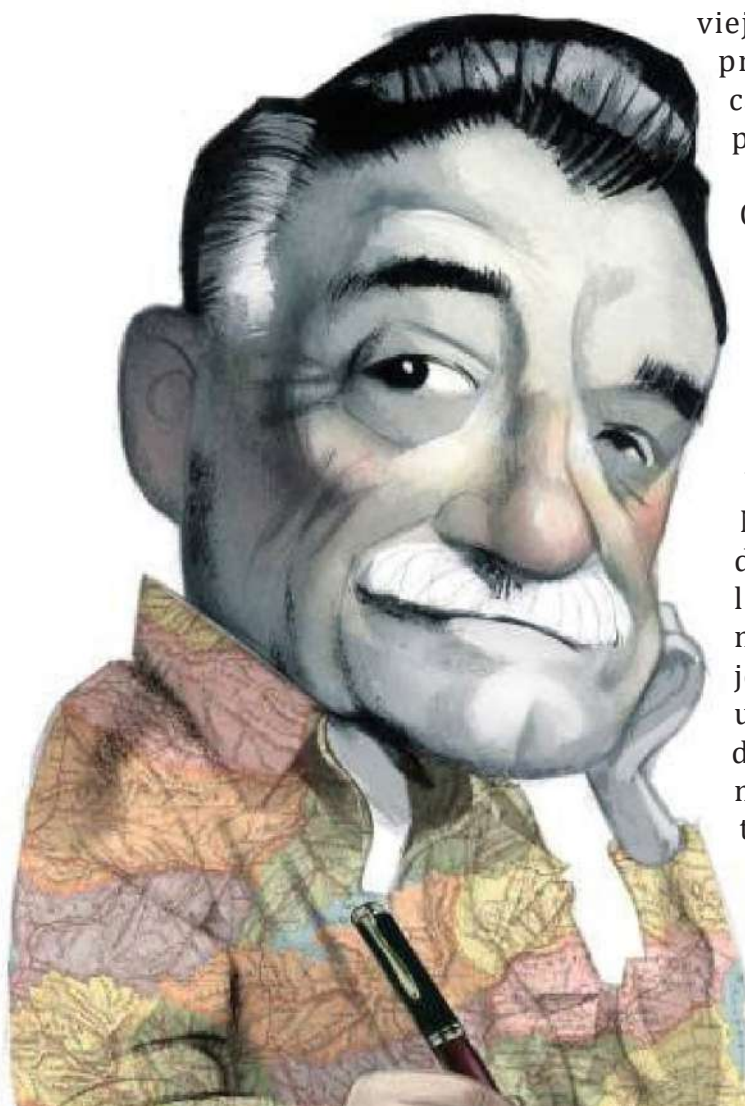
Quererse no tiene horario.

Ni fecha en el calendario.

Cuando las ganas se juntan.

Y con esa aparición en su vida, Martín Santomé, un hombre curtido de oficina a quien la rutina ya no le asustaba, pero sí lo alteraba la novedad, se ve encandilado por una joven de nombre Laura Avellaneda, una de las empleadas que acababa de ingresar a la empresa. Un tema muy Benedetti abre la novela: el temblor del amor, el asombro, los lugares comunes, las conversaciones poéticas de seres intrascendentes y las actuaciones intrascendentes de ellos mismos.

La tregua es una novela construida con el material de la tediosa cotidianidad de un



Mario Benedetti

hombre y su pequeño mundo monótono que agoniza en medio de la soporífera ciudad de Montevideo. Lo único que altera esa hipnótica vida es la presencia de una chica joven que se va metiendo en los ojos de un hombre adulto cuya resignación estaba tan anclada a su insípido presente, que nada parecía alterarlo. El plan del protagonista estaba claro: “Cuando me jubile, tal vez lo mejor sea abandonarme al ocio, una especie de modorra compensatoria, a fin de que los nervios, los músculos, la energía se relajen de a poco y se acostumbren a bien morir” (Benedetti, 2015, p. 15).

Descripciones de días laborales, horarios cansinos, funciones tediosas, paseos monótonos, periódicos que repiten las mismas noticias, jóvenes que buscan algo en medio de la resignación general, todo eso se va contando a manera de diario. Ese es un gran acierto de la novela: sólo a través del testimonio del día a día se puede narrar lo que no ocurre o aquello que no tiene valor trascendental, pero se puede testimoniar.

El formato de diario de esta novela es su magia. Con las actividades psicológicas del personaje principal, Martín Santomé, Benedetti nos presenta la figura viva de un oficinista montevideano común y corriente. Además, aunque el diario se escribe en primera persona, hay ocasiones en que el diario nos presenta los diálogos entre Santomé y las personas que lo rodean, al estilo de un diálogo de novela. Estos recursos literarios utilizados por el autor resultan muy atractivos y le añaden un valor singular a *La tregua*. Nos vamos adentrando en una especie de subjetividad y compartimos las alegrías y tristezas junto con Martín Santomé. Ambas descripciones tanto la psicología como



esos mencionados diálogos desde el mismo principio de la obra, nos sirven para que tengamos un cuadro completo de la vida del protagonista. (Li, 2020, p. 6)

Ahora, sesenta años después, escribir un diario en ese tono sería tan banal como innecesario. Para eso tenemos las redes sociales, los estados de Facebook, las fotos de Instagram, los emoticones que ahorran palabras. En este tiempo los diarios son el género más usado; se escriben por millones y dicen mucho de lo que somos, pero a muy pocos les importa saberlo.

Lo que tenemos como espacio en donde se suceden los hechos es el escenario de una ciudad entera sumida en una especie de letargo debido a cierta resignación, es decir, un hastío existencial que se ha apoderado de todo:

Después de mucho exprimirme el cerebro llegué al convencimiento de que lo que está peor es la resignación. Los rebeldes han pasado a ser semirrebeldes, los semirrebeldes a resignados. Yo creo que en este luminoso Montevideo, los dos gremios que han progresado más en estos últimos tiempo son los maricas y los

resignados. «No se puede hacer nada» dice la gente. (Benedetti, 2015, p. 67)

Y en ese mundo gris, Martín Santomé, el funcionario gris, halla un nuevo color en su existencia y, al lado de Laura Avellaneda, se aventura tímidamente a reprogramar su futuro, pero es un hombre tibio, no sabe que las oportunidades son escasas, tiene miedo, duda; la moral acartonada y su conflicto religioso le impiden agotar a grandes bocanadas el nuevo aire que respira. Va de tumbo en tumbo, lento, timorato, pero el amor y su avalancha inevitable lo conducen a la posibilidad de esa segunda oportunidad que todos buscamos en la vida. Antes de acceder al inevitable lugar que tarde o temprano ocuparemos, algo surge como una pequeña posibilidad de volver a sentir la vida, allí en ese breve momento en el que se decanta lo mejor de la existencia,

Porque la experiencia es buena cuando viene de la mano del vigor; después cuando el vigor se va, uno pasa a ser una decorosa pieza de museo, cuyo único valor es ser un recuerdo de lo que se fue. La experiencia y el vigor son coetáneos por muy poco tiempo. (Benedetti, 2015, p. 91)

Y en ese breve instante es que surge el amor como una metáfora; Avellaneda es para Martín un oasis en medio de ese desierto llamado vida adulta. Lo que para cualquier hombre maduro es una fortuna se convierte para Martín en motivo de miedo, en duda, en escozor social del qué dirán: mis hijos, mis compañeros de oficina, mi jefe, mi imagen en el espejo. Esa ausencia de autoestima se emparenta con la vida urbana de Montevideo, hombre y ciudad están atados por la modorra de un tiempo sin alegrías, de una resignación que conduce al hastío. Quizás los dos, “padecen la más horrible variante de la soledad: la soledad del quien ni siquiera

se tiene a sí mismo” (Benedetti, 2015, p. 154). ¿Por qué no aceptar ese momento de vitalidad existencial y desplegar las alas hacia el horizonte de posibilidades que se abren al tener el amor de una mujer joven? Ciudad y hombre atraviesan la transición de un tiempo que ni es pasado ni es futuro, sólo un soso presente. Martín no puede asumirse afortunado, como el Tío Alberto de Serrat, a quien se le puede cantar:

Tío Alberto, tío Alberto
Qué suerte tienes, cochino
En el final del camino
Te esperó la sombra fresca
De una piel dulce de 20 años
Donde olvidar los desengaños
De diez lustros de amor.



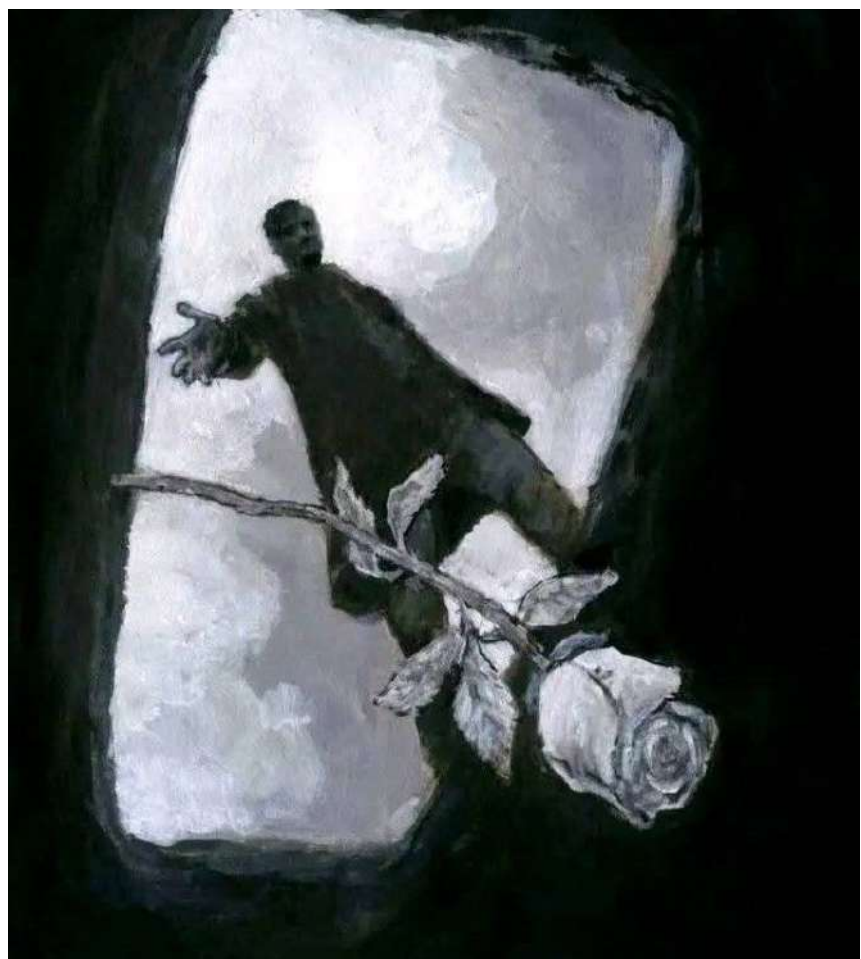
No, Martín Santomé sigue atado a su designio, es un hombre viudo, ha sobrevivido llevando una vida opaca; sus hijos ya están en la dimensión de la adultez, pero se aferra a la cotidianidad de ellos para enajenar sus sentimientos. Una hija que empieza a explorar su propia existencia y en cuya imagen se concreta el recuerdo de aquella esposa perdida en un parto y un hijo a quien de pronto descubre su gusto por los hombres en una sociedad pacata y ante un padre moralista, coaccionan su voluntad. Es un hombre atrapado entre la voluntad de ser y la inercia de «no poder». Por eso Laura es su liberación temporal, porque ella no busca lo que Martín desea para poder estar con ella. Su conclusión es sencilla, contundente, veraz: “No te quiero ni por tu cara, ni por tus años, ni por tus palabras, ni por tus intenciones. Te quiero porque estás hecho de buena madera” (Benedetti, 2015, p. 150).

Entonces Martín entiende que debe lanzarse sin miedo al instante, jugarse a la posibilidad de amar, aunque sus límites morales le impiden amar con total entrega. Aun así, puede experimentar las sensaciones vedadas a quienes dudan en amar: “A esas alturas ella estaba en mis brazos y había otras cosas en qué pensar, otros viejos proyectos que realizar, otras nuevas caricias que atender” (Benedetti, 2015, p. 114).

Y justo cuando ese intersticio de algo parecido a la prosperidad se ha abierto, justo cuando Martín logra vencer sus miedos, surge la tragedia, tan necesaria en esa vocación latinoamericana de impedirnos a nosotros mismos la felicidad. Mario Benedetti, como autor, se juega a truncar la posibilidad del amor, rompe el arco narrativo tensado y el protagonista apenas logra atisbar el terror de su suerte, la anomalía y burla del destino, de Dios o de quién sea. Por eso en algún momento pregunta: “Al que llora todos los

días, ¿qué le queda por hacer cuando le toque un gran dolor, un dolor para el cual sean necesarias las máximas defensas? (Benedetti, 2015, p. 138).

Es así como, sin dar muchas explicaciones al lector, Laura Avellaneda muere un 23 de septiembre. Sin Avellaneda en su vida, Martín retorna a su triste mundo; se limita a respirar, vuelve a hundirse en la ciudad y sus letargos, vuelve a ser uno más refundido en la sombría cotidianidad urbana. Ha vuelto la inercia de la vida: “A veces hablo de ella con Blanca. No lloro, no me desespero; hablo simplemente. Sé que allí hay un eco”. (Benedetti, 2015, p. 187); y eso es todo lo que queda, un eco que se propaga por la existencia del protagonista, un vacío que se ha apoderado de la ciudad y que, magistralmente, Benedetti ha



logrado trasladar a nosotros como lectores. Quedamos derrotados al final de la novela, nos han vencido “y cuando uno se deja vencer, se va deformando, se va convirtiendo en una grosera parodia de sí mismo” (Benedetti, 2015, p. 196).

Se me antoja que un final feliz hubiese echado esta novela al olvido; por eso, con la muerte de Laura muere toda esperanza, toda posibilidad; no hay salida, estábamos condenados a morir de aburrimiento. El amor apenas fue una breve pincelada, la tregua de nuestro destino marcado para sufrir de eterna

resignación. Eso que creíamos experimentar como “la felicidad, era sólo una tregua. Ahora estoy otra vez metido en mi destino. Y es más oscuro que antes, mucho más” (Benedetti, 2015, p. 198).

De esta manera, podemos concluir que *La tregua* es una ficción que narra, con tal certeza la cotidianidad, que por un momento olvidamos que es ficción; he ahí un gran valor que se conserva y nos permite volver a ella y redescubrir ese tiempo y ese mundo que quizás no se diferencia mucho del tedioso tiempo actual.

Referencias

De Quevedo, F. (s.f.). *Blog*. Obtenido de Rjgeib: <https://www.rjgeib.com/thoughts/militar/militar.html>

Benedetti, Mario. (2015). *La tregua*. Penguin Random House Grupo Editorial.

Díaz, Simón. (1979). *Caballo viejo*. En el álbum: “Golpe y pasaje”.

Li, Zhang. (2020). *La literatura urbana de Mario Benedetti*. VIII Congreso de Hispanistas de Asia.

Mataix, Remedios. (2009). *Mario Benedetti, un autor comunicante*. Universidad de Alicante. Disponible en: https://www.cervantesvirtual.com/portales/mario_benedetti/su_obra_autor/

Ortega y Gasset, José. (1914). *Meditaciones del Quijote*. Disponible en: <https://demiurgord.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/09/meditaciones-del-quijote.pdf>

Serrat, Joan Manuel. (1971). *Tío Alberto*. En el álbum: “Mediterráneo”.

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



MMVIII

Chino Carrero